



Los muertos

Nos sé escribí pero pensé hace un año que la implacable poda que los sicarios del *narco* hacían de sí mismos en algún momento agotaría su cuota de sangre por simple desaparición de reclutas.

Mi punto de partida es que el número de reclutas para esas tareas es finito y que la misma brutalidad del oficio, y sus riesgos crecientes, disminuiría la disponibilidad de voluntarios.

Ser parte de una de las bandas del *narco* se ha vuelto cosa mortal, infinitamente más riesgosa de lo que era hace dos décadas.

Las cifras del año 2008 desmienten por lo pronto mi previsión, pues las ejecuciones entre *narcos* se han más que duplicado. En un año crecieron 117%. De 2 mil 477 en diciembre de 2007 a 5 mil 376 en diciembre de 2008. (MILENIO, 9/12/08)

Un porcentaje pequeño de esos muertos, menor a 10%, corresponde a fuerzas del orden o a ciudadanos inocentes, muertos sin ser parte del pleito descomunal que libran los sicarios del *narco*.

A diferencia del delito de secuestro, donde todas las víctimas son inocentes, la inmensa mayoría de los ejecutados en las guerras del *narco* son culpables: juegan voluntariamente el juego de matar y morir.

Sus muertes llenan de sangre nuestros diarios, pero tienen su propia lógica interna, la lógica de la guerra entre bandas que la

negligencia estatal dejó crecer y encanallar-se hasta tomar la forma de una psicopatía colectiva de decenas de miles dispuestos a matar y que los maten.

A fuerza de oír de ejecuciones —un promedio de nueve diarias en lo que va de diciembre— se crea en nuestra cabeza la idea de un país donde se mata alegremente.

Nadie sabe cómo ni por qué, de pronto unos ejecutan a otros, como si vinieran pasando y escogieran al gusto a quien ejecutar.

No es así. La inmensa mayoría de los muertos en esta guerra de las bandas ha elegido estar en esa guerra, participa voluntariamente en ella. No son ciudadanos que iban pasando a los que acribillan otros ciudadanos. Son sicarios muertos por otros sicarios.

Sigo creyendo que las reservas de psicopatía de una sociedad no son infinitas, porque son extremos de la conducta social, no su norma.

El dinero, la impunidad, la imbricación del *narco* en el tejido social de pueblos y ciudades puede multiplicar esas reservas, dar a todos los violentos la oportunidad de matar y morir, pero siguen operando en el margen.

México tiene una tasa de homicidios de 11 por cada 100 mil habitantes. Estados Unidos, 10; Colombia, 33; Brasil, 40; Guatemala, 50. (MILENIO, 9/12/08) ■ M

acamin@milenio.com

